

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16
Un año. 30

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis id. 18
Un año. 34

DIRECCION.

Calle de los Caños, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38
Un año. 74

En Paris recibe suscripciones y anuncios para El CASCABEL, M. R. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.

Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses. 38 rs.
Un año. 70

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs.
Un año. 110

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonara.

Durante la ausencia del señor Frontaura, editor y Director de El CASCABEL don Francisco Perezagua. Administrador de este periódico desde su fundacion.

LA VIDA Y EL FERRO-CARRIL.

(ARTÍCULO DE FILOSOFÍA PEDESTRE.)

El ferro-carril tiene por objeto acortar las distancias, objeto utilisimo, del que la civilizacion saca no poco provecho.

Pero hemos querido aplicar tambien al camino de la vida esa velocidad, y los que por él viajamos tenemos el immoderado deseo de llegar, y en esto nos hemos equivocado de medio á medio.

Porque no llegamos adonde deseamos, y si llegamos, es despues de mil trabajos y á costa de tantos sacrificios no materiales, sino morales, que más nos valiera acaso no llegar.

Y adonde llegamos seguramente, y ántes y con ántes, es adonde quisiéramos llegar más tarde, que es á la muerte.

¡Llegar! He aquí el afan de todos: no llegar paso á paso, con calma, con seguridad, sino pronto, á escape, ántes que llegue el que sale al mismo tiempo que nosotros, ántes que llegue el que ha salido ántes que nosotros.

En este punto, el ferro-carril es mucho más cauto y prudente; un tren no atropella á otro, cada uno llega cuando debe llegar, y cuando dos trenes se encuentran, cada cual echa por su camino para no impedir el paso al compañero.

Algun dia un tren choca con otro tren, pero eso sucede en dos mil viajes una vez; no es culpa de ningun tren, sino de quien lo conduce, ó de quien dispuso su salida, del hombre, en fin, que hace cosas maravillosas en efecto, pero tambien es capaz de echar á perder y destruir todo lo que hace y lo que no hace, lo que ha hecho la Omnipotencia divina, que es la vida del hombre.

¡Me quieren VV. decir quién es mayor enemigo de la vida del hombre que el hombre mismo?

Muchas veces se la quita al prójimo, y casi siempre se la quita él mismo.

Habrán VV. observado, si han asistido á la salida de la estacion de un tren mixto, es decir, que lleva coches de primera, segunda y tercera clase, que los coches más favorecidos, los que más pronto se llenan, son los de primera clase, despues los de tercera, y los menos concurridos los de segunda.

La primera clase representa la riqueza, la segunda la medianía y la tercera la pobreza.

La segunda clase, si el mundo estuviera al derecho, debiera ser la más favorecida; pero no lo es, porque hoy no queremos para nada pertenecer á la segunda clase. La clase media reniega de su clase, y ya no hay clase media, ya no hay más que ricos y pobres.

Todos los que tenemos un mediano pasar nos hemos metido de hoz y de coz en primera clase, dejando vacía la segunda y á la tercera rabiando, no porque no puede ser segunda siquiera, sino porque no puede ser primera.

En el ferro-carril sucede ya que es tan grande la invasion, que la primera clase es hoy la que debiera

ser segunda, que la primera clase, ofendida, ha dado un paso más, y los que antes viajaban simplemente en primera, viajan hoy en coches-berlinas de primera clase, que cuestan un 10 por 100 más que los otros asientos, ó en berlinas camas, que vienen á costar un ojo de la cara.

Y cuando, como sucederá, la segunda clase, que hoy va en primera, invada tambien las berlinas y las berlinas-camas los que hoy ocupan estos coches preferentes tendran que pedir coches salones, coches jardines, coches-palacios, y hasta coches-paraisos, y aun así y todo les alcanzará la invasion.

Esto sucede en el ferro carril, porque sucede lo propio en la vida, porque ese es el espíritu de la época.

¡Ser, y el que no puede ser, aparentarlo! he aquí el objeto de toda la actividad humana hoy dia de la fecha.

Abí tienen VV. á don Fulano, médico que unas veces curaba y otras nó, como les sucede á todos. Era lo que se llama una medianía, pero con el tiempo y el estudio hubiera podido llegar á ser un médico de primera clase.

Pero él lo queria ser en seguida, sin perder tiempo, toda vez que un vecino suyo, médico tambien, estaba ya en primera linea, y tenia coche y Excelencia, y otras superfluidades.

Pues señor, el médico de segunda clase se ha metido en la primera, tiene coche y no tiene enfermos, tiene deudas y no tiene dinero, tiene ambicion, y no tiene apension; y ¡qué ha hecho?... ¡Tómalo! ¡dedicarse á la política! El que curaba con mil trabajos un constipado, quiere curar los males del país con un artículo ó un manifiesto.

En el ferro-carril de la civilizacion hemos convenido ya en reservar la primera clase á la política, y ahí tienen VV. por qué todos queremos ser políticos para ir en primera clase.

Menganó es un escritor de trompa y talega, que hizo unos versitos á una novia, otros á un niño que se le murió á la vecina del cuarto tercero, otros á un banquero pidiéndole veinticuatro reales para un apuro, y despues de hacer todo esto, vió con asombro que nadie reparaba en él, que ni siquiera iba en segunda clase; escribió una comedia, se la silbaron; tradujo otra, por poco le mata el público indignado; y el hombre siempre en tercera clase.—Pero tenia su orgullo, y ya no quiso ser autor dramático para ir en segunda clase, ni poeta, ni novelista, ni siquiera gacetillero, sino que se propuso meterse de golpe y porrazo en primera clase, y adulando á este personaje y vendiendo al otro, y haciendo aquí una cortesía y sufriendo allí un puntapié, se ha metido en primera, y ahí le tienen VV., que se hembra con todo el mundo y se cree con derecho á que el mejor dia le nombren archipámpano. Todo el mundo sabe que es un ignorante, un hombre completamente negado; pero él, sin negar que sea todo eso, va en primera y se rie grandemente de todo el mundo, como que los mismos que de él se rien son los que le pagan el asiento.

Don Perengano tenia algun dinerillo y vivia tranquilo con su hija y su mujer en una provincia, llevando una vida como un patriarca.

Pero á fuerza de leer periódicos serios políticos, y de oír hablar á los candidatos, á la diputacion, y á los porteros del Gobierno civil, y á muchos electores tontos de

la cabeza, que más les hubiera valido cuidarse de su hacienda que de lo que no les importaba, empezó á no encontrarse bien en segunda clase y á querer entrar en la primera, y vino á Madrid, y es claro, con dinero abundante en seguida se obtiene asiento de primera en el ferro-carril y en todas partes. El buen hombre es hoy hombre político sin saber cómo, porque se lo han hecho ser los que le acompañaban en primera, pagando él por de contado, y ya no tiene dinero ni tranquilidad, y su mujer y su hija se han aficionado al lujo, y dan bailes, y gastan, y no pagan, y se dejan decir chicoleros, y á estas horas está el pobre rico como en un potró, con su importancia política, y sin paz en el hogar doméstico, y sin el amor de su esposa y su hija, que no tienen tiempo mas que para mantener con el decoro correspondiente la primera clase que ocupan, muy ajenas quizá de que llegara pronto dia en que ni en tercera podrán volver á la provincia de donde salieron.

A ese infeliz le ha sucedido lo que al tonto, que yendo á viajar en ferro-carril por primera vez en su vida, se mete en un coche de primera clase, llevando billete de tercera, y creyendo que habiendo sitio lo mismo da que se meta en primera que en tercera.

Este tonto hace este raciocinio:—Bien iria en tercera, pero ¡valiente tonto sería yo si me fuera en ese coche no habiendo nadie en este otro tan bonito!

Y que en efecto es un tonto lo conoce cuando tiene que pagar doble precio por haberse metido donde no debía.

Inés era una niña hermosa, gloria de sus padres y única esperanza de un honrado jóven.

Y ocupaba en el ferro carril de la vida su asiento de tercera, al que ya estaba acostumbrada, y en el que habia nacido.

Pero un dia vió á una amiga suya en asiento de primera, y no podia resignarse á seguir ella en tercera, cuando la otra, por su buena suerte, habia podido pasar á la primera.

En fin, para abreviar, Inés va en primera ya; pero ¡cuánta vergüenza y cuántas lágrimas y cuántos remordimientos la ha costado el tener un poco más de comodidad material!

Su padre se avergonzaba al mirarla, y ella se avergüenza cuando la mira cualquiera.

Y su prometido sigue en tercera prosperando, haciéndose hombre de provecho, y curándose de su amor con el amor bendecido de una buena y modesta esposa y una niña, á quien se propone educar, para ocupar siempre un puesto de tercera clase, aunque lo pueda luego ocupar en primera.

Yo he observado á los viajeros de ferro-carril, y he visto que entre los de primera clase hay más caras tristes y taciturnas, y más miradas sombrías, y menos expansion, y más hipocresía y disimulo que entre los de tercera clase.

En primera clase van muchos matrimonios, en los que, si el marido está que trina con su mujer, la mujer está que rabia con su marido.

Van tambien muchos banqueros y hombres de negocios, que corren á hacer empréstitos, á evitar una quiebra, á marear al prójimo, á plantear alguna combinacion, ruinosa acaso para mucha gente, á ver, en fin, quién engaña á quién.

Van muchas mujeres, entre las que no querria el lector elegir esposa.

Van en primera muchos que se van con el dinero ajeno.

Van allí, en fin, muchas miserias, todas las hipocresías y muchos dolores.

En segunda solo van las víctimas, ó sean: Los cesantes que salen del sitio donde han sido empleados; los empleados que cada día los hacen ir de una parte á otra á desempeñar su empleo; los médicos de partido que no han podido tomar partido peor; los padres que vienen á Madrid á ver si sus hijos estudian y en qué demonios gastan todos los meses tanto dinero; las mujeres que van á buscar á sus maridos; las viudas militares, y los que han puesto sus economías en alguna sociedad que no las ha devuelto, y los que no hacen viajes mas que cuando hay trenes de recreo con billetes de ida y vuelta á precios reducidos.

En tercera va la gente pobre que no tiene un cuarto, la gente trabajadora, los que todo lo esperan de Dios, los que cantan y bromean y se divierten mejor cuando no tienen ni un cuarto que cuando tienen algo más de lo que necesitan.

Pero entre esta gente de tercera clase, que tanto se divierte, á pesar de la incomodidad del viaje, de la dureza del asiento y de la frialdad que las empresas imponen á tan benemérita clase, economizando los cristales, va tambien un tipo, un hombre que sufre más que todos juntos, el *avaro*.

C. FRONTAURA.

ROMANCES POPULARES.

LA FIESTA DEL CENTENAR EN VALENCIA.

III.

(Conclusion.)

Los señores curtidores no hacen las cosas á medias, y en el Centenar quisieron lucirse, pero de veras, y llevan un San Francisco macizo de plata buena, y un carro que por la forma á una nave se asemeja, y un farolito en el carro, que con gran amor conservan, por haber pertenecido á un buque pirata, presa que fué de los curtidores allá en muy remota época. Sigue el gremio de pelaires, que es lástima no pudiera llevar al santo Cristóbal, que es su patron en la fiesta, y en pos van las cofradías, que me parece son estas: la de la Virgen del Cármen, la Virgen de la Correa, la de San Ramón Nonnato, patron de las parturientas; de la Divina Pastora, que es imagen rica y bella, y la de la Virgen pura del Pilar, que la veneran los bravos aragoneses y derramarse por ella, con la fé más noble y pura, cuanto sangre hay en sus venas. El pueblo de Puig, que tiene importancia no pequeña, sigue en el lucido séquito, y orgulloso el pendon lleva con sus blasones gloriosos, y la Virgen madre nuestra que se llama á del Puig, y este pueblo cifra en ella la esperanza y el consuelo en todas las malas épocas. Siguen despues las parroquias con cruces de adornos llenas, y los santos titulares que en las mismas se veneran, y en pos viene la Cruz Santa de la catedral iglesia, precediendo á seis imágenes de plata preciosa hechas, que en el bárbaro saqueo que allí hizo Francia en la guerra que con ella sostuvimos para nuestra independencia, se salvaron de las garras de la torpe soldadesca, para la que guerra y robo sería una cosa misma. Veintiseis de los ancianos que aquella fecha recuerdan, con gigantescos ciriales las imágenes rodean. Siguen las corporaciones, y suele haber etiquetas sobre si esta va delante ó si va detras aquella, que mientras el mundo exista y hombres sustente la tierra, siempre por bien ó por mal habrá Quijotes en ella. Viene en pos la santa Virgen á quien dedican la fiesta las valientes valencianas, y la hermosa imagen llevan en sus hombros doce curas, que tal honor no cedieran por todo el oro del mundo, de su devoción en prueba, y en pos del señor obispo el Ayuntamiento cierra la marcha, y detras la tropa, y detras todo Valencia. Ciento seis son las imágenes que en la procesion se cuentan.

cuarenta son de los pueblos, de la ciudad las que restan; treinta y cinco son las músicas que toman parte en la fiesta, y dos mil quinientos cirios ó los tantos hombres llevan.

Y aqui doy fin al romance, deseando á quien me lea que el año mil novecientos y sesenta y siete, pueda ir á ver del Centenar las maravillosas fiestas. Tan solo cien años faltan... Conque no es larga la fecha, y ya he dejado el encargo á una valenciana bella que habitacion me prepare para entónces en Valencia.

C. FRONTAURA.

REFLEXIONES

SOBRE LAS OBRAS DE LA NATURALEZA.

BELLEZA Y UTILIDAD DE LAS PRADERAS.

El aspecto de un bello y espacioso jardín, nos procura en estos dias, que podemos llamar de estío, un placer muy sensible que ya no encontramos en nuestros aposentos, y de cuya causa no sabíamos ni siquiera formarnos una idea justa. Pero aun el mismo placer que nos produce el jardín más bello, no es comparable con el que experimentamos cuando nos paseamos por los campos y las praderas. El orgulloso tulipan, el elegante narciso y el bello jacinto, no nos halagan tanto como las sencillas flores que esmaltan la verde alfombra de un valle fértil. Por muchos que sean los encantos de las flores cultivadas en nuestros jardines, las de los campos y de los prados nos parecen más agradables y naturales. En las primeras se encuentra la belleza; pero estas últimas, reúnen á la belleza la utilidad, y sabido es que, cuando no es útil, la belleza solamente dura un día.

Las bellezas de una pradera ricamente alfombrada de verde, con sus tiernas yerbecillas, plantas y matas rastreras, y los variados matices de las diversas flores, despejan nuestra imaginación, desarrollan los buenos sentimientos y nos producen una alegría dulce, natural y sincera. La joven doncella de la ciudad y de la aldea siente ablandarse su corazón, y se halla más dispuesta á los afectos tiernos. La madrileña culta y de acompasado paso, que en los salones se sienta de una manera estudiada, mueve sus miembros armónicamente y hasta habla con cierta afectación de melodía, olvida ante una pradera las reglas *estético-mundanales*, y se transforma en una sencilla pastora, desliza suavemente sus diminutos piés por la húmeda yerba, abraza de gozo á sus compañeras de campo, corre de flor en flor cual alegre mariposa, sonríe á los pajarillos, y en una palabra, se divierte y retoza, en el buen sentido de la frase.

¿No es cierto, mis queridos lectores, que en esos largos paseos, como por ejemplo, el Prado, el Retiro y la Castellana, uniformes y tapizados de arenas en esos gabinetes de verdura, en esos *parterres* y bosquillos tan compuestos y arreglados con sus murallas y cercados, tan bien dispuestos, se encuentra uno estrecho y como oprimido? Todos estos lugares que acortan nuestras miradas, nos parecen otros tantos obstáculos que limitan nuestra libertad. En el campo y en las praderas ensayamos tomar ancho y dilatado vuelo, se nos figura que en cierto modo somos más independientes y estamos más á gusto á medida que el paseo se ensancha y alarga delante de nuestra vista. En el campo, la bella y fecunda naturaleza varía á cada instante de aspecto en los primeros dias del estío, mientras que en nuestros adornados jardines vemos siempre los mismos objetos. Su órden, sus proporciones y su regularidad, nos impiden recrearnos en ellos por mucho tiempo, pues no ofreciéndonos nada de nuevo, nos dan al momento enojo; y por el contrario, se fija nuestra vista con placer en los objetos continuamente variados que nos ofrece un campo ameno y dilatado. Para procurarnos esta satisfacción, la naturaleza ha querido que en la mayoría de los sitios el terreno sea igual y plano; y de este modo vemos en lontananza perspectivas agradables, y las colinas y alturas majestuosas que rodean el horizonte nos ha presentado jardines con plantas y flores, ahorrándonos el trabajo de regarlos y cultivarlos, ha sembrado una multitud de granos que nos procura un verdor casi nunca interrumpido por la prontitud con que le repara.

Esta prodigiosa diversidad de plantas que cubre una pradera, no existen solo para servir de espectáculo: una es una hortaliza y otra es una flor, y todas tienen belleza y virtudes particulares. Las yerbas están grandemente multiplicadas en cada pradera; apenas podemos dar dos pasos sin pisar cien especies diferentes, de las que cada una tiene su estructura y susceptibilidades peculiares. Y he aquí queridos lectores, una de las principales reflexiones que debemos al aspecto de una pradera. Al placer que nos produce este espectáculo, ha tenido cuidado nuestro bienhechor, el Creador de todo lo creado, de unir ventajas más considerables. Las praderas producen plantas para nuestra alimentación y otra cantidad admirable de simples que se emplean en la medicina. Pero el mayor beneficio que sacamos de las praderas, consiste, sin disputa, en que con éstas podemos alimentar casi sin gastos los animales domésticos que necesitamos para nuestro uso y para los trabajos de la agricultura. El buey nos alimenta con su carne y nos facilita el arado y el abono de las tierras, y le basta para

vivir la yerba de las praderas. El caballo, cuyos servicios son tan innumerables, solo nos pide en recompensa de su trabajo el libre uso de una pradera ó la suficiente cantidad de heno: la falta de praderas, y por consiguiente, de forrajes, aumenta naturalmente el gasto de la paja y de la cebada con que tambien se alimenta á estos animales. La vaca, cuya leche es uno de los mejores sustentos para nuestra vida, no exige tampoco más, especialmente si habita las afueras ó las casas de campo. Los prados ó praderas son la herencia más perfecta, es casi preferible á las tierras de labor, porque están seguros sus productos, y apenas pide trabajo ni simiente; solo cuesta la ligera pena de recoger lo que da. Sus producciones no son casuales, porque rara es la vez que las praderas son assoladas por la sequedad ó por las inundaciones.

Los hombres, que por lo general se muestran distraídos en los beneficios de la naturaleza, son tambien insensibles respecto á las praderas. Comunmente miramos esta yerba con indiferencia y con desprecio, quizá porque creemos que las praderas no son de una utilidad inmediata, quizá porque la yerba crece bajo nuestros piés, y no la ha hecho el Creador objeto de nuestros cuidados y de nuestro cultivo. Pero sea cualquiera la causa de nuestra indiferencia, conviene saber que es inexcusable. El hombre debe desear que al recorrer los valles y las praderas, sienta su corazón sensible alegría y reconocimiento, y que los prados, vivamente esmaltados de verdor, le hagan recordar vivamente la bondad del Sér Supremo, que abre con frecuencia sobre la tierra una mano bienhechora para proporcionar alimento abundante á los hombres y á los animales.

El hombre debe tambien convecerse de que la gratitud se manifiesta igualmente en todos los sitios, y que no hay un rincón de tierra donde no se descubran las huellas de la buena Providencia. Sí, lectores, todas las comarcas, todos los terrenos, los buenos y los malos, los arenosos y los arcillosos, los húmedos y los pedregosos, anuncian la bondad y misericordia del conservador de todas las cosas. La tierra entera es una pradera inmensa, en la que todas las criaturas vivas pueden encontrar la alimentación, el júbilo y la alegría.

Debemos, pues, considerar en adelante las praderas con un sentimiento de reconocimiento y de alegría. Sentados sobre el fresco césped, echaremos en derredor nuestras miradas satisfechas, y despues, penetrados de la gratitud y del júbilo, nos elevaremos al Creador y enumeraremos sus beneficios. «¡Que sean agradables y risueñas las flores que por millones nos rodean! ¡Aquí celebren y alaben con su armonioso canto los pajarillos las bondades de su Señor, allí las praderas tapizadas de verde y esmaltadas de flores, y mas lejos los bosques y las selvas anuncian su sabiduría y prediquen su muni-ficencia!»

F. HERNANDO.

LAS CARTERAS.

Algunos periódicos, unas cuantas cuartillas de papel blanco, he aquí lo que me ha servido siempre de cartera.

La cartera ha sido para mí un artículo de lujo.

Así es, que no recuerdo haber usado otra que la que colgada del hombro, llevaba á la escuela.

Quizás proviniera de aquí mi indiferencia hácia semejante objeto.

Porque aquella cartera era mi pesadilla.

Su recuerdo venía á turbar mi pensamiento en medio de mis juegos.

Era una nube en el cielo rosa de aquel período de mi vida.

Mi imaginación se hallaba constantemente en el fondo de aquella bolsa de cuero.

Despues de la cartera, el horizonte me parecia más claro.

Llegar á ser hombre, abandonarla, tal era mi mayor deseo.

Cuando oía hablar de algunos que ambicionaban una cartera, no comprendía, no podía comprender que hubiera personas que desearan poseer un objeto que, en mi sentir, proporcionaba tan malos ratos.

Muchas veces alguno de mi familia, sentándome sobre sus rodillas, me decía:

—Vamos á ver, ¿qué vas á ser tú?

Generalmente, el sueño de los niños son las mayores dignidades.

Apenas hay uno que no quiera ser general, obispo, etc., etc.

El mio era ser ministro.

Así es, que á la pregunta que me hacian contestaba con precipitación:

—Ministro sin cartera.

Tal era el horror que me inspiraban.

Porque para mí todas las carteras eran iguales.

¡Cuán lejos estaba yo de imaginarme entónces que llegaría un día en que, quizás algunos de los que conmigo deseaban llegase el momento de relegarla al olvido, corriesen más tarde en busca de una cartera!

¡Que fuera su ideal un objeto que tantos sinsabores nos habia causado!

¡Ah! ¡si algunos años ántes les hubieran dicho que la cartera de la escuela contenía para ciertas personas el elixir para alcanzar más tarde otra cartera, no sé hasta qué punto se hubieran horrorizado!

¡Cuán lejos de mí la idea de que una cartera pudiera hacer la felicidad de algunos hombres!

Más tarde he comprendido que una cartera, por humilde que ésta sea, es un objeto de inmenso valor. En este momento es cuando más noto su falta. Si la tuviera, podría haber encabezado estos renglones del modo siguiente:

«La cartera. (Apuntes tomados de la mía.)»

Esta segunda parte del epigrafe me hubiera dado cierta importancia.

Podría haberme dado aire de literato.

Porque, ¿qué literato, en general, por mediano que sea, no está provisto de su correspondiente cartera?

He aquí cómo, por carecer de un objeto cuya adquisición no es difícil (me refiero á la cartera de bolsillo), he perdido la ocasión de tener alguna semejanza con nuestras notabilidades literarias.

Ahora envidio á esas gentes, para quienes la cartera es un artículo de primera necesidad.

Hay personas en quienes la cartera reemplaza la memoria.

De éstas puede decirse, cuando pierden ó olvidan la cartera en casa, que han perdido ó olvidado la memoria.

Hay otras para quienes la cartera es el barómetro de su fortuna.

Me refiero á los banqueros.

Cada efecto á pagar ó á recibir, es una página que contiene la historia de un negocio, que hará subir ó bajar algunos grados de capital.

Por deteriorada que esté la cartera del comerciante, no podrá negarse que es una cartera de gran valor.

¿Y qué diremos de la del cartero?

Si fuera posible hacer la autopsia diaria, por decirlo así, de la cartera del cartero, hallaríamos la historia de la humanidad escrita por sus individuos. Allí se hallan reunidas la tésis y la antítesis.

Y llegamos á la cartera de las carteras, á la cartera del literato, del poeta, etc.

En ella se hallan reunidas la del desmemoriado, la del comerciante, la del cartero, etc., etc.

Veamos:

Las riquezas del literato y del poeta son las ideas. Perder una idea es quizás perder un tesoro.

La cartera del literato y del poeta, es, pues, la caja del comerciante.

En ella va depositando sus caudales, que no se atreve á confiar á su memoria.

(He aquí una hoja de la cartera del desmemoriado.)

En frente de una página que guarda un recuerdo triste, hay otra que conserva un recuerdo de felicidad.

(Una hoja de la cartera del cartero.)

Aquel recuerdo triste ó alegre, puede proporcionar algunos intereses.

(Esta página pertenece á la cartera del comerciante.)

Cada hoja que arranca para arrojarla al público, le proporciona una satisfacción ó una pesadumbre.

Porque el público aplaude ó silba, realiza su sueño ó desvanece sus ilusiones.

He aquí una de las hojas más interesantes de la cartera del literato.

Y la cartera del ministro?

En ella se encierra la felicidad ó la desgracia de un país.

La vida ó la muerte de una familia.

La esperanza de un cesante.

El consuelo de una viuda, etc., etc.

La suerte, en fin, del mismo ministro.

De aquella cartera, de donde salió su elevación, sale también su cesantía....

Después de lo que dejamos apuntado, díganos si hemos tenido razón al decir que la cartera es un objeto de inmenso valor.

No nos cansemos más.

Tomemos la cartera de viaje.

Es decir, soltemos la pluma y hagamos punto.

FACUNDO RIVAS.

CASCABELES.

¡Vean VV. qué bravamente escribo! anuncio un famoso dentista, que si saca las muelas tan bien como escribe, les digo á VV. que no podrán compararse con éstos los tormentos de la iquisición.

Para muestra basta un botón; copiamos solo un párrafo de su anuncio, que dice así:

«Se dan lecciones prácticas del científico arte del dentista; se reciben las personas en clase de consulta preparatoria, donde la imparcialidad dice las ventajas é inconvenientes que campean sin vanidad, para que la humanidad no sea víctima de la ignorancia y charlatanismo que descaradamente engaña al público, ora sea para los que necesitan dientes postizos, como orificaciones innecesarias y nocivas, en que la criminalidad, trepando las manchas de los dientes, oriundas de los vicios, escorbútico, herpético y escrofuloso, resultan las cáries, tisis y destrucción de la dentadura, indispensable para la salud, canto, locución y masticación.»

Las funciones del Circo ecuestre de Recoletos, empiezan á ofrecer alguna variedad.

Este es el único medio de llamar concurrencia al Circo, porque el tiempo, señoritos no está, á fé de CASCABEL, para ir á ver caballitos y los aros de papel, y á un gaudul dando brinquetes sobre un cansado corcel, y haciendo en otro pinitos á Madama Kenebell.

guir al inocente. Dios nos libre de una mala voluntad... Pero si el calumniado padece los rigores de la justicia, su inocencia brilla radiante al fin, y puede levantar al cabo el inocente la cabeza y mirar cara á cara á su delator, que se humilla y se avergüenza, y nunca se ve libre del peso que ha echado sobre su conciencia.

—Todo eso está muy bien, señor cura, pero aquí no hay delación sino de los mismos compañeros de ese ladrón, que Dios confunda. Y con esto, no hablemos más, que ya estoy impaciente por amarrar á ese pobre viudo, que, ó mucho me equivoco, ó he de tener el gusto de verle bailar en la cuerda floja, en unión con sus compañeros.

—Vamos, señor alférez, yo he de acompañar á V., si lo permite.

—Con mil amores.

—Pues vamos. Es imposible que ese hombre sea un ladrón. Si lo fuera, me horrorizaría de saber que en el hombre cabe tan profunda hipocresía.

—Pues de poco se espanta V., señor cura, y bien se conoce que es V. un alma de Dios, y que no ha visto el mundo ni ha tratado con la gente que por él anda.

—Dios no permita jamás á mi lado la hipocresía y la mentira. Dios me evite el horrible pesar de tener que desconfiar de los hombres, de mis hermanos, de los que son hechura de Dios, y que para el bien los ha puesto Dios en el mundo.

Y el cura y el alférez salieron juntos de la iglesia, y como al salir reparara el padre en la escolta que había llevado el oficial, exclamó:

—Prevenido viene V., señor militar, y más parece que trata de prender á toda la gente de la aldea que á un hombre solo.

—Ninguna precaución está demás, aunque yo no he sido quien ha dispuesto qué fuerza había de acompañarme, y lo mismo hubiera llevado al sacristan atado codo con codo y por el pescuezo á la cola de mi caballo si á mí me hubieran enviado solo.

—Pésame oír á V. hablar así y manifestar el deseo de llevar á un hombre, á un hermano, de esa manera cruel y humillante.

—Padre cura, el ladrón no es mi hermano.

—Aunque lo fuera el sacristan, hermano de V. sería, como lo es siendo hombre bueno y honrado. Todos somos hijos de Dios, el bueno y el malo, el santo y el asesino, la paloma y la serpiente, el águila y la víbora, á todos nos ha dado vida, y...

Si las cosas volvieran al sér y estado en que se hallaban en los tiempos que echan de ménos y cuya vuelta desean los periódicos neos, ellos serian los primeros que tendrian que echarse un candado á la boca, y que llamarían, como se dice vulgarmente, á Cachano con dos tejas.

Segun noticias, se prepara una función, destinada á celebrar el primer aniversario del combate del Callao, la cual deberá verificarse muy en breve en el teatro del Circo de esta corte.

No sería malo invitar para esta función á los chilenos.

Pero nó, que no vendria ninguno aunque se le mandase billete gratis y una libranza de cinco mil duros para los gastos de pasaje.

En el vecino imperio, y teatro de las Fantasías Parisienses, se pondrá en escena en la proxima semana, la ópera inédita de Mozart, *La Oca del Cairo*.

Un caballero que tenía dada una cita á una señora, fué convidado á comer en casa de un amigo, á quien no podía desairar. Creyó, sin embargo, que despacharía antes de que pasase la hora de la cita, pero vien lo despues que el tiempo trascurría y no lo dejaban marcharse, pidió por favor al dueño de la casa le permitiera mandar un recado á un amigo suyo que lo esperaba á aquella hora, para decirle que le dispensase su falta de asistencia.

Dió á un criado en alta voz el recado, diciéndole:—Ve á tal parte, pregunta por don Joaquin, y dile que me perdone por hoy, pues estos señores me detienen, pero que mañana irá.

Y en voz baja le añadió:—Don Joaquin es *doña Joaquina*; pero cuando vengas me das la respuesta en alta voz, suponiendo siempre que has visto á un caballero.

¡A poco volvió el criado:

—Viste á don Joaquin?

—Sí, señor...

—¿Y qué te dijo?

—Que estaba muy bien, y que se iba al teatro.

—¿Qué estaba haciendo cuando le hablaste?

—Nada, señorito, iba á salir á la calle, porque lo encontré con la mantilla puesta.

Cuentan que en Londres no se vendió ninguna cosa gritando para ello por las calles.

Nos parece muy bien esta medida.

Aquí sucede lo mismo.

Comprendemos que ciertos vendedores ambulantes tengan una necesidad casi absoluta de gritar para anunciar al público que está metido en sus casas, la venta de sus mercaderías; pero qué necesidad tienen de desgañarse las apreciables verdaderas de la calle del Espíritu Santo, Corredera Alta, calle de las Tres Cruces y tantas otras como pudiéramos citar, para hacer patente al transeunte que venden rábanos, acelgas ó lechuga, cuando precisamente tienen todas estas hortaliças colocadas en un puesto fijo al frente de las aceras de la calle, cuyo puesto está ofreciéndose constantemente á la contemplación del que tenga ojos para ver y bolsillo para comprar? Ninguna ciertamente.

Añádase á esto, que cuando más gritan estas apreciadas comerciantas, con la armoniosa voz que las caracteriza, es desde las cuatro y media de la mañana hasta las nueve, horas en que el vecindario que no es madrugador tiene que taparse á piedra y

—Mire V., señor cura, yo no entiendo de teologías ni curso en universidades, y lo que digo es que así tengo yo por hermano al sacristan, como al rey que robó; y que al que roba y asesina, lo mismo me importaría pegarle una cuchilada que dársela á un perro, si estaba rabioso el perro, se entiende, que no rabiando no merece eso un perro, el fiel amigo del hombre, el que nunca roba ni asesina á traición, y perros hay, señor cura, que podrian enseñar á los hombres a amar al prójimo y á tener buenos sentimientos.

El sacristan vivía cerca, y pronto llegaron el cura y el alférez.

Llamaron, y pasó gran espacio sin que nadie contestara.

Volvieron á llamar, y nada.

El cura abrió el picaporte de la puerta; pero la puerta no se abrió, porque estaba cerrada por dentro, verdad de Pero Grullo, muy propia de las novelas al uso, y que por eso incluyo en ésta, fiel á mi propósito de imitar los buenos modelos que todos los dias en entregas á medio real, á cuartillo y á copa se me entran por debajo de la puerta de mi casa, novelas que los contemporáneos aprecian mucho, y no sabemos á qué uso destinara la posteridad estupefacta.

De observaciones como esas, están, en efecto, llenas ciertas novelitas, y si no fuere porque no tengo tiempo, aquí había de intercalar algunos ejemplos, que harían caer de espaldas al hombre más grave y regocijarían al más dado á los demonios.

Pero en el curso de la novela que escribo habrá lugar de hacer observaciones y reflexiones imitando el levantado estilo de los novelistas que se escriben seis ú ocho novelas á la vez, y así se cuidan ellos de la propiedad del lenguaje y de la sintaxis como del que asó la manteca, que no sé si escribiría también alguna novela.

Mas no caiga yo en el feo vicio de las digresiones, que yo no escribo esta obra por entregas, ni tengo editor que me obligue á hacer cien entregas de lo que no debiera tener mas que veinte, y mejor fuera acaso que no tuviese ninguna, y las digresiones suelen enfadar al lector, y sobre todo á la lectora, que es á quien yo quiero que le guste la novela, porque las obras que les gustan á las mujeres hacen siempre fortuna.

Otra vez llamó el alférez, que ya estaba deseando echar la puerta abajo.

(Se continuará.)

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPITULO IX.

LA SACRISTANA SE MUERE MUY A TIEMPO, Y EL SACRISTAN ESTÁ EN GRAN PELIGRO.

(Continuacion.)

—¿Por qué dice V. eso?

—Porque para tener un marido como ese mozo, más le valiera no haber nacido.

—Repáre V. lo que dice, señor alférez, que el sacristan ha sido tan buen marido como cualquiera lo puede ser.

—Buen marido no niego yo que haya sido ese pobrecito, porque lo uno no tiene que ver con lo otro.... Pero, en fin, ¿dónde está el sacristan?...

—En su casa estará, que desde la muerte de su mujer no sale de ella.

—Pues allá voy á desempeñar mi comision, que no creo ha de ser muy del gusto del sacristan.... y no sea que le haya dado ya en la nariz para qué le busco yo, y evite mi visita con la mayor descortesía, poniendo piés en polvorosa.

—Pero, señor alférez, no comprendo, francamente, por qué habláis de esa manera del sacristan, hombre honrado á toda prueba, y que me sirve y sirve á la iglesia con extremada solicitud.

—Señor cura, si V. tiene motivos para hablar así de su sacristan, yo los tengo muy graves para decir que el sacristan es un ladrón de siete suelas, y por eso es por lo que de órden de la justicia vengo á prenderle.

—¡Ladron! ¡Ladron mi sacristan! Dios permite, para mayor gloria de los hombres honrados, que haya torpes y villanos calumniadores. Una calumnia será esa acusacion....

—Padre cura, la justicia no calumnia....

—Pero acaso una delacion infame la obliga á perse-

de los cidos, si es que quiere disfrutar hasta esa hora de las incomparables delicias de Morfio.

Se nos cuenta.—cuentos serán acaó,—que á pesar de las higiénicas y bien entendidas disposiciones dictadas por la autoridad á fin de que desapareciera de la corte los estabos de vacas de leche, burras y cabrerías que no tengan las condiciones de salubridad señaladas al efecto, algunos de dichos establecimientos continúan como si con ellos no se debieran entender las disposiciones indicadas.

Distracciones son estas que bien merecen la atención de los encargados de averiguar si se cumplen las prescripciones de la ley.

Conque... ya pueden VV. dar unas vueltecitas por ahí, que un secreto presentimiento nos lo anuncia,—quizás tropiecen VV. con algunos de estos cuentos.

En un periódico hemos leído lo siguiente:

En la última corrida de toros verificada en Sevilla, ha ocurrido una escena extraña, pues a lueo como uno de los bichos tomó dos varas, omplió en fuertes beridos, se echó y exhaló el último suspiro.

Gran Día morir sia jóvena lo que penallo tanto.

Eso de exhalar un to o el último suspiro, es muy poético.

Tanto, que algunos arrearía los puntilleros de esta corte habrán sentido mucho, a saber: la tal noticia, no haber estado allí para cerrar piadosamente los párpados del bicho.

Aunque nosotros no hemos presenciado el hecho que vamos á denunciar á la autoridad para que, si lo juzga conveniente, lo corrija, lo creemos baj la fe de una persona respetable.

Es el caso, que parece se tiene en esta corte la repugnante costumbre de sacar arrastrando los caballos muertos en la plaza de toros en los días de función, entrándolos por la puerta de Alcalá, y atravesando con ellos por el paseo del Prado.

Semejante espectáculo, además de la natural repugnancia que en sí inspira por el sangriento estado en que van aquellos pobres animales acribillados de heridas, afecta tan bien á la numerosa concurrencia que asiste á dicho sitio para proporcionarse un rato de solaz, porque no puede menos de mirar con lástima el triste fin á que destina el hombre á esos nobles brutos, después que l ha prestado sus servicios con una lealtad y una mansedumbre dignas, en verdad, de mejor suerte.

Creemos que la autoridad debiera evitar al público tan desagradables espectáculos, disponiendo que los cadáveres de los caballos sean conducidos por otros parajes menos frecuentados.

Al paso que las tiendas de comercio de todas clases van disminuyendo, se aumentan de un modo inalcucable las tabaquerías y los cafés. Apenas se andarán veinte pasos por cualquiera calle de la corte sin que se encuentre alguno de estos establecimientos.

Y luego ser mos capaces de decir que el metafísico escasea! Verdad es que para lo supérfluo nunca han faltado recursos á los españoles.

En Montevideo existen seis Bancos, y se trata de establecer otros dos más, uno de los cuales parece que se denominará Banco Español.

En España no se piensa establecer Banco alguno, que sepamos; pero si de ello se tratara, aconsejaríamos que se le titulase Banco de la Paciencia.

Un andaluz que blasonaba mucho de valiente, se situó un día á la entrada de una calle por donde transitaban muchas personas, diciendo á todos:

—¿Quién quiere algo con este guapo?
Nadie osaba contestarle, y ya se creía invencible, cuando un que debía conocer el carácter del país, acercándose al valiente, le dijo enérgicamente:

—¡Yo!
—Pues mira V., respondió sin inmutarse, arrímese V. á mí, y veremos quién puede ahora con los dos.

En la actualidad se están fabricando en Europa, 11,000 cañones y 3,200,000 fusiles.

Pues señor, los cañones y los fusiles van siendo unos artículos tan de primera necesidad, que llegaría día en que por la escasez del hierro ó por cualquiera otra causa encarezcan los fusiles, y será de ver las rogativas y las súplicas de los hombres, que dirán á Dios:

—Señor, la cosecha de hierro ó acero es mala: ¿qué va á ser de nosotros sin fusiles para matarnos? ¿Dejareis perecer á vuestro pueblo?

Un marido.—¿Qué desgracia! Mi mujer que era tan blanca, y de la noche á la mañana se ha vuelto morena bronceada! ¿Qué pecados habrá cometido!

—Calle V., hombre, si es mo!a.
—¿El qué? ¿cometer pecados?
—Nó, broncearse la cara.

ADVERTENCIA.

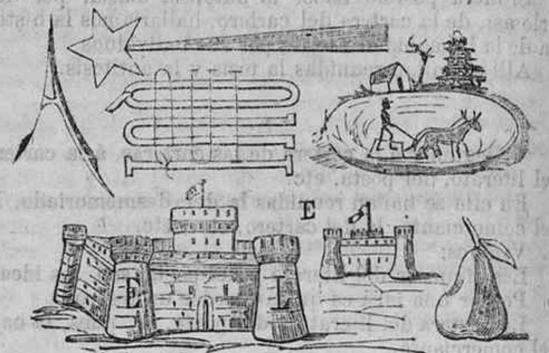
La Redaccion, Administracion é imprenta de EL CASCABEL, se trasladarán, desde hoy al domingo 9 del corriente, á un nuevo local, de más capacidad que el que hoy ocupamos, situado en la calle de las Hileras núm. 2 duplicado, pisos bajo y principal.

Siendo mayor el local donde vamos á establecer nuestra imprenta, estaremos en disposición de aceptar todos los trabajos tipográficos que se nos confien.

Por efecto de la traslacion, retrasaremos algunos días el reparto á nuestros suscritores de Madrid del pliego 2.º de La Gatomaquia, y la remesa de los dos pliegos á provincias.

Los señores suscritores de EL CASCABEL que no hayan pedido todavía el vale para obtener el libro de la Exposicion, pueden reclamarlo hasta fin de mes, por 4 rs. para Madrid y 5 para provincias.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

Perfecta salud á todos.—La Revalenta Arabiga du Barry de Londres, cura sin medicina y sin gastos las afecciones gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias reumas, catarros, erres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiracion de los riñones, de los intestinos, de los nervios del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curacion del Santo Padre Pio IX, la de la marquesa de Bréhan; del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20. 12 libras, 170. 24 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos. Señor don José García.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miguel.—Señor don Carlos Ulzurrun.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escolar.—B. ayas, Barcelona, calle Llauder.—Ramon Pinal, Mérid.—José Maria de Somonte Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 87

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS.

con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público un establecimiento, calle del Arenal, números 19, 21 y 23, donde hallará gran surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricada por un nuevo sistema y de mucha duracion, aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, preciosos en las casas tabacados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningun otro establecimiento de su clase. 85

FONDA DEL COMERCIO.

Alcalá, 1, esquina á la Puerta del Sol.

Hospedaje con todo servicio, desde 20 reales en adelante, y cubiertos desde 6 reales arriba. 6

Seis retratos inmejorables, 24 reales.—Calle de la Visitacion, núm. 1, esquina á la del Principe. Se hacen reproducciones. 4

Cok superior del gas con astillas, 31 rs. quintal; arbon de ucinia y de piedra, hulla y carboncillo de fragua, á precios arreglados. Farmacia, núm. 1. Exactitud en el peso. 8

Papel pintado.—Novedad y baratura en todas clases, colocacion en mada y ajuste alzados para dentro y fuera de la corte, calle de Trian, núm. 14. 4

IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 140 duros.

GRAN CAMISERIA.

CALLE DE LA MONTERA, NUM. 3, INMEDIATO A LA PUERTA DEL SOL.

El dueño de este establecimiento tiene el honor de participar á su numerosa clientela, y al público en general, que está dispuesto á realizar las grandes existencias que tiene en los artículos de camisería y de punto, y con este objeto ofrece los expresados artículos, con una rebaja considerable, como se puede ver en los precios siguientes:

- Camisas de holanda con vistas finas, de 45, 50, 55, 60 y 70 reales.
- Dichas de holanda superfina, con pecheras bordadas, de 90, 100, 120 hasta 200.
- Dichas de madapolam con vista de hilo, de 32, 38, 42, 46 y 50.
- Dichas de Irlanda de color, de 46 y 50.
- Dichas de percal francés de color, de 30 y 35.
- Dichas id. dibujos caprichosos, última novedad, á 38.
- Dichas de Irlanda para señora, de 30 hasta 40.
- Dichas id. id. con tiras bordadas, de 40 hasta 50.
- Dichas de holanda muy superiores, canesú bordado, de 70 á 90.
- Enaguas de madapolam con jareta, de 40, 45 y 50.
- Dichas con volantes encanoados, de 30 hasta 90.
- Chambras de peral lisas, á 16 y 18.
- Dichas id. con pechera, á 18, 20 y 22.
- Dichas id. con tiras bordadas, á 25, 28 y 34.
- Dichas id. adornadas con entredoses y tiras bordadas, á 30, 35, 40, 45, 50 hasta 80.
- Calzoncillos de retorta y holanda, de 20, 24 hasta 36.
- En medias calcetines, almillas y calzoncillos de punto, de hilo y de algodón, hay un completo surtido, y se venden con la rebaja de 25 por 100 de su justo precio.
- Una gran partida de cuellos de holanda, á 30 rs.
- Otra id. id. de última moda, á 36.
- Dichos idem idem con entredoses bordados, de 110, 120 á 200.
- Gran surtido de corbatas, infantutas y paoletas, dibujos de alta novedad y á precios sumamente arreglados.
- También hay una gran existencia de cuellos y puños lisos y bordados, juegos de mangas de batista con cuello y camisolín, que se realizan con la considerable rebaja de 40 por 100, por ser un salto tomado á una fábrica de Suiza.
- Se advierte que todos los artículos anunciados son de muy buena calidad, así como la confeccion de ropa blanca y esmerada y cosida á mano.
- Se reciben encargos para equipos de novia, que serán ejecutados con todo esmero y puntualidad

A LOS VIAJEROS ESPAÑOLES.

GRAN HOTEL DE LA PLAZA DEL PALACIO REAL, RUE RIVOLI, NÚMERO 170, PARIS.

Este es uno de los mejores hoteles de Paris, y lo dirige un compatriota, el señor don Ciriaco Bilbao. En consideracion al público, no ha aumentado los precios durante la Exposicion. Hay 4 habitaciones de todos precios, con todas las comodidades.

BAÑOS TERMALES.

ACIDULO-SALINOS DE LAS CALDAS DE BESAYA, en la provincia de Santander.

Este gran establecimiento, situado á 14 horas de Madrid por el ferro-carril del Norte, con estacion en el mismo punto, y una de Santander, queda abierto oficialmente al público el día 1.º de Mayo.

Temperatura natural de las aguas, dos manantiales de 28 y 30 grados Reaumur, otro de agua ferruginosa.

Estas se hallan indicadas, y así lo acredita una larga experiencia, en toda clase de reumas y enfermedades de la piel, en as afecciones del estómago, hígado, canal intestinal y de la orina, así como en las neurosis, flujos y enfermedades de la matriz.

Noticias más detalladas se encuentran en el folleto que se expone gratis en los portales de Santa Cruz, núms. 3 y 5, comercio de Ceballos. 1

Gran bazar de mirinaques, faldas y Corsés, Puerta del Sol, esquina á la calle del Arenal.—En este establecimiento, recientemente abierto, se encuentra un abundante surtido de los expresados objetos, variedad en todos ellos, y notable baratura en los mismos. Las personas que se sirven honrarlo, hallarán en él cuanto puedan desear, referente á estos artículos.

NOTA.—Hay mirinaques para señora, desde el ínfimo precio de 4 rs. hasta 300, y faldas de cualquier varas de vuelo desde 24 hasta 300 rs. 10

Parajita amorosa, dedicada á los enamorados por don Juan Tenorio.—Entretimiento muy propio para las tertulias en estas noches de invierno. Consta de 40 tarjetas, 20 de señora y 20 de caballero, que se barajan y siempre sale una pregunta del ca allero y una contestacion oportuna de la señora.

Se vende en la Administracion de EL CASCABEL á 2 rs., y se envía á provincias á quien mande 5 sellos de 4 cuartos.

AL ABANICO DE ORO.

Plaza del Angel núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina.—En dicho establecimiento se acaba de recibir un gran surtido de abanicos de última novedad de las mejores fábricas del reino y extranjeras, siendo sus precios de dos cuartos en adelante.

También hay un gran surtido en sombrillas de seda, quita soles para señora y caballero, y se hacen composuras con prontitud y economía. Se pintan iniciales, coronas, escudos, etc. 2

FOTOGRAFÍAS.

Rebaja sin igual. Por tres retratos, tarjeta ó busto, 12 rs. Seis 20, y por doce 40. Calle de la Cruz, núm. 12. 2

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel,

A CARGO DE N. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.